

## SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES... 4 RS.  
 POR TRES MESES... 10  
 POR UN AÑO... 40

# LA SEMANA,

PERIÓDICO PINTORESCO UNIVERSAL.

## SUSCRICION EN PROVINCIA.

POR TRES MESES... 12 RS.  
 POR SEIS MESES... 24  
 POR UN AÑO... 50

## EN EL PECADO LA PENITENCIA.

## CUENTO.

## CAPITULO III.

## PECADO Y ESPIACION.

Tiempo es ya de que volvamos á nuestros amigos y demos cuenta del efecto que les produjo aquella UNIVERSIDAD de cosas en su *Visitacion* á aquel nuevo *Belen*.

El *Relax* de la vecina iglesia del *Buen Retiro* daba la media noche....

Nuestros *Majaderitos*, deseando comprobar la eficacia del *Tesoro* de que les habia hecho merced la encantadora, sin dar AUDIENCIA á los *Consejos* de la razon y arrastrados del placer *Mayor* que cada vez sentian, molécula tras molécula, fueron arrojando en el de *Pósilon* natural, ó llámese ADUANA del estómago, *Ventanilla*, *Cofre* ó *Portillo* que tenemos debajo de la nariz, mas de la mitad de los consabidos polvos.

Al principio sintieron un bienestar indecible, un *Baño* de voluptuosidad, un dulcísimo trasporte que iba en *Progreso* ascendente y anegaba todo su ser en un *Océano* de ventura.

Poco á poco, la misma intensidad del placer fué oscureciendo su razon y debilitando sus fuerzas. Olvidaron los preceptos de *San Agustín* y no tuvieron la entereza del emperador *Nicolás*, autócrata de las *Rusias*, para resistir á las tentaciones del espíritu maligno.

Entonces, ansiosos de hacer revivir sus muertas sensaciones, en un raptó de locura, se tragarón ávidamente el resto de los polvos.

El *Molino de viento*, que rota la cuerda que contiene sus aspas, gira impelido por el huracán; el *Aguila*, que recoge las alas y se deja caer como una flecha sobre el pajarillo que persigue; la *Bola* que desciende por el declive de una montaña casi perpendicular: el *Salitre*, inflamado dentro de la bomba próxima á estallar; la chispa eléctrica que corre por un *Cordon metálico*.... apenas pueden dar una ligera idea de la súbita revolucion que se efectuó en su interior.

En el mismo instante, *Esperancilla*, la diosa de los sentidos, bajo la forma de una bellísima joven, pasó por delante de ellos.

No estaba mas hermosa *Dafne* cuando perseguida por *Apolo* se trasformó en laurel, ni la esposa de *Neptuno* cuando aplacada la tormenta aparecía en medio de las olas coronada por el *Ins*; ni *Maria Cristina*, *Nuncio* de *Paz*, cuando aconsejaba á su esposo la *Amnistia*, que debía iluminar la suspirada *AURORA DE ESPAÑA*, y abrir la *Puerta-cerrada* de los patrios lares á tantos infelices proscritos.

Todos los encantos y el frescor de la juventud resplandecían en su rostro de *Angel*. Sus rasgados ojos *Negros*, su cutis terso y *Luciente*, blanco como la *Leche* y coloreado por ese ligero *Tinte* de *Clavel* que tanta magia añade á los atractivos de una hermosa; sus purpurinos labios, que envidiaría el *Jacinto* de las *Huertas de Tívoli*; su aéreo talle, mas gracioso y flexible que la *Palma* que crece en los *Jardines del Profeta* el porte de *Reina*, el garbo y la *Sal* de sus movimientos.... todo, todo seducía y fascinaba al primer golpe de vista.

Aquella muger, como la *Cava*, cuya fatal hermosura ocasionó la ruina del imperio godo, habia nacido para inspirar una pasión desenfrenada. Su angelical semblante, sin embargo, era el *Espejo* de su alma, por que ningun signo exterior revelaba en su persona que fuese fanática por *Santo Tomás* y *Santo Tomé*, por *San Cosme* y *Damian*, por *San Dimas*, por *San Dámaso*, y por todos los sustantivos y adjetivos que empiezan con *Dim* ó *Dam*. En una palabra, parecia no pertenecer al gremio de las que todo lo sacrifican al metálico fruto de las *Minas*.

Los cinco *Galápagos*, frenéticos y ciegos, formando simultáneamente un círculo, se precipitaron sobre ella. *Santiago el Verde* para estrecharla entre sus brazos; *Bringas* para admirar de cerca sus hechizos; *Ramon Cuesta* para estasiarse con la dulzura de su acento; *Anton Martin* para embriagarse con el aroma que exhalaba la *Flor* de su belleza, y el bueno de *Juan de Dios* con ánimo de tirarla un bocado creyendo que era cosa manducable.

Pero; ¡ay! que horrible *Desengaño* les esperaba! no bien consiguieron su objeto, el gozo se les cayó en un *Pozo*. Fué tan grande, tan íntimo y vehemente el placer que experimentaron, que sus débiles órganos no

podieron resistirle. El *Soldado* rodó por el suelo acometido de un ataque apoplético fulminante; el estudiante de *Veterinaria* deslumbrado perdió la vista; al procurador se le hincharon las narices de un modo extraordinario; el pintor se quedó *Sordo*, tan sordo como los chicos del *COLEGIO DE SORDO-MUDOS*, y el *Vicario viejo* cayó en tierra atacado de un cólico espantoso. *Esperancilla* soltó una carcajada

«Tu te metiste  
 Fraile *Mostens*—

es clamó, y guareciéndose entre los árboles de la *Alameda* mas próxima, se refugió en una *Cueva* que habia por allí, vertiendo en pos de sí un *Requero* (s) de luz, como una *Estrella* fugitiva al cruzar el *Arco* de—



Fuente de la Alcachofa en el Prado.

la bóveda — *Santa*— indigna alfombra de — *Maria*.

Los incautos á quienes ella acababa de sujetar á tan *Ruda* prueba, permanecieron en tan lamentable situación hasta el alba, hora en que unos *Ministriles* GUARDIAS DE X CAMPO que custodiaban aquel parage



Vista del Hospital general por fuera de la Puerta de Atocha.

acudieron á sus lamentos, y con ayuda de algunos pobres de *SAN BERNARDINO* y estudiantes de *SAN ISIDRO*, se apresuraron á darles HOSPITALIDAD DOMICILIARIA en sus casillas por lo pronto, sin perjuicio de llevarlos luego á la *CASA DE BENEFICENCIA* mas cercana.

Los practicantes del HOSPITAL, situado entonces donde hoy está el CONSERVATORIO DE MARIA CRISTINA, que no debe confundirse con el CONSERVATORIO DE ARTES ni con el OBSERVATORIO ASTRONÓMICO, y los profesores de clinica y *Farmacia* llamados al efecto, declararon á los enfermos INCURABLES y en consecuencia, se limitaron á aconsejarles que hiciesen *Encomienda* de su alma á Dios y recibiesen el Santísimo Sacramento.

—¡Ay! exclamaron á una el viejo y los jóvenes, al escuchar esta *Barbara* sentencia;—si la CONFEDERACION MEDICA de practicantes, clinicos y farmacéuticos nos deshaucia ¿qué *Esperanza* nos queda? ¡Oh *Maldonadas* pildoras! *Leña*—arrojada á la hoguera y *Fomento* de nuestros vicios. ¡*Fuentes* de nuestro infortunio! *Escalinata* por donde hemos descendido á las inmundas *Pozas* del pecado! *Humilladero*—de nuestra salud y pureza, cuán caro nos haceis pagar nuestro *Noviciado* y los fugaces placeres que nos proporcionasteis! *Esperancilla*! *Esperancilla*! Si no ignorabas los *Peligros* á que nos esponias, ¿porqué no nos disteis al propio tiempo SEGUROS MUTUOS CONTRA—los—INCENDIOS de la tentación? Heos ahora en la HERMANDAD DEL PECADO MORTAL, sufriendo el suplicio de *San Bartolomé*, á quien desollaron vivo, ovejas descarriadas de su DIVINO PASTOR; llorando en vano ARREPENTIDAS sus pasados yerros; en vano, si, porque ya *Astahrot* ni un *Florin* da por nuestras almas, y abre para recibirnos las *Rejas* de su infernal PALACIO—, CARCEL DE LOS JOVENES—Desamparados de la Providencia, CASINO, LICEO, SALADERO, PRESIDIO MODELO, ATENEO, INSTITUTO donde los diablos con un *Rebe-n-que* de fuego con *Ramales* de *Ventosa*, sirven de catedráticos. ¡*Jesus del Valle*, no, *Jesus y Maria*, amparadnos!

Al mágico conjuro que encerraba aquel dulce nombre, que era el santo y seña que les habia dado el hada, presentóse esta en el humilde traje de una *Abada* ó *Priora DESCALZA* (s).

—Aquí estoy, les dijo, ¿qué me quereis?

—Vamos á morir; volvednos la *Salud*, exclamaron los cinco á la vez, tendiéndole las manos *Cruzada* (s) en ademan de súplica; ya que vuestros polvos *Bastero* (s) tienen la culpa de nuestro desastre.

—Acusad mas bien á vuestra intemperancia ¡oh *Mature* ros (t) dignos de recibir alojamiento gratis en *Zaragoza*. Yo quise proporcionaros la felicidad y os facilité el medio de aumentar con la fuerza de vuestras sensaciones, el placer que ellas os ocasionaban. ¿Por qué habeis abusado de mi presente y convertido en veneno lo que en sí era benéfico y útil?

—Piedad! *Misericordia*! repitieron los enfermos cada vez mas *Afligidos*; tú eres el *ANCORA* única de salvación que nos queda.

—Aunque no debia, haré por vosotros cuanto esté en mi mano con el auxilio de mi hermano el genio del arte, á quien tanto se venera en la ACADEMIA DE NOBLES ARTES; sino hago mas es porque el destino, cuyos decretos son irrevocables, me lo impide.

En seguida la diosa se acercó á su lecho y les dijo:

—Tú, *Santiago*, debias haber vivido treinta años exento de enfermedades; ahora con todo mi poder no

puedo prolongar tu vida arriba de diez, ni evitar que arrastres una existencia lánguida y achacosa.

Tú, *Pedro Bringas*, perderás ocho años, y te quedará una catarata en un ojo.

A ti, *Anton Martin*, te condena el hado á perder cinco años, y á sufrir anualmente un pólipa en la nariz, del cual sucumbirás al fin.

Tú *Ramon Cuesta*, perderás veinte y cuatro meses, y sufrirás continuos dolores de cabeza. Tu enfermedad degenerará en una sordera incurable.

En cuanto á ti, infortunado viejo, á quien la naturaleza encuentra ya gastado y con un pie en la sepultura, siento decírtelo,

(4) La ACADEMIA ESPAÑOLA nos dispensará el uso de palabras que hoy solo puedan figurar en el MUSEO DE ANTIGÜEDADES.



pero solo te queda el corto plazo de un año de vida....

Los infelices, rompieron a llorar amargamente.

—Mas vale tarde que nunca, continuó la diosa enterneceda; vuestro arrepentimiento apiada al cruel destino, y gracias á la intercesion de mi hermano el Arte, os concede un año, solo un año de salud completa. Ea, levantaos, ya estais curados.

El hada hizo en el aire una Cruz, y desapareció cual leve Paja que arrebató el Viento.

Los cinco amigos, mas veloces que Lázaro cuando á la voz del Redentor se alzó de la tumba, saltaron de sus lechos, y al encontrarse tan fuertes como la vispera, juzgaron que todo habia sido una broma de Esperancilla, y no volvieron á acordarse de su pronóstico, ni del Porvenir trisísimo que les estaba reservado.

Mas ¡ay! al espirar el año, empezó á cumplirse aquel, tal como ella se lo anunciara. Murió Juan de Dios, y los demas le fueron siguiendo, despues de haber purgado su culpa luengos años, en justa expiacion de su pecado.

La moralidad de este cuentecillo, se reduce á manifestar que el hombre, cuanto mas desarrollados tiene sus órganos sensitivos, tanto mas goza; que la naturaleza y el arte conspiran de consuno á facilitar ese desarrollo, el cual conduce al hombre cegado por sus pasiones, á abusar de aquella y de este, y luego á quejarse de ambos, y no de si mismo, desconociendo la bondad de la Providencia que los puso á su disposicion para su dicha, no para que los convirtiese en ponzoña por el abuso; pero que por una sabia ley de la naturaleza, apenas pasa los límites que la razon le señala, el dolor sigue á la alegría, al placer el hastio; se acorta la vida á si propio, y mientras le dura esta, ó le quedan amargas reliquias del abuso, ó la falta de vigor para resistir al trastorno que los excesos ocasionan en su máquina, gastada por los vicios ó la accion destructora del tiempo, dan con él prematuramente en la sepultura, encontrando así todos jóvenes y viejos, EN EL PECADO LA PENITENCIA.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

Madrid, octubre de 1850.

### CRITICA LITERARIA.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA, POR DON MODESTO LAFUENTE, TOMO II.—LOS LIBREROS DE ESPAÑA

Tenemos á la vista el tomo 2.º de esta, cada vez mas interesante publicacion, y sentimos no disponer del espacio que deseáramos para hablar de ella con la detenion que se merece. Habremos de limitarnos á hacerlo ligeramente, y á renunciar á la satisfaccion que nos cabria en recorrer con el señor Lafuente el largo periodo que abraza desde la paz que siguió á la destruccion de Numancia, 133 años antes de Jesucristo, hasta el fin del reinado de Rodrigo, 711 de la era cristiana.

Quizá sea esta la época que mas dificultades presente al historiador. Se suceden tantos y tan grandes personajes, tantos y tan colosales acontecimientos, que ofuscan el juicio, confunden la imaginacion, y solo á fuerza de familiarizarse con tan extraordinarios hechos se les puede narrar con exactitud y coordinacion. Sertorio, Julio César, los Pompeyos, Augusto, Tiberio, Calígula, Neron, Trajano, Adriano, Marco Aurelio, Eliogábalo, Probo, Diocleciano, y Constantino, fueron personajes todos que asombraron al mundo con sus hechos, gloriosos unos hasta la sublimidad, indignos otros hasta ser tormentoso su recuerdo.

Un acontecimiento cuyo origen no pudo aparecer mas humilde, si bien su mision descendia del cielo, vino á oscurecer con su divina luz la brillante aureola de tantos años y de tantas glorias con que se mostraban rodeados los antecesores de Constantino.

Con grande contentamiento va uno leyendo las páginas en que se describe la época en que figuraron esos tiranos del mundo; pero nada es comparable á la dulce sensacion que nos causa hallar despues de tantas escenas de horror y de muerte, el indescriptible espectáculo de la sociedad humana regenerada por los hombres mas humildes y mas pobres: humildes y pobres sí para el mundo: elevados y ricos para Dios.

Aquella sociedad desorganizada, inmoral y corrompida la salva el cristianismo; y se acogieron á él los hombres como los náufragos al puerto de su salvacion. El cristianismo fué el iris celeste de aquella tempestuosa sociedad; fué la salvadora oliva de aquel combate de pasiones raquíticas por su objeto, grandes por los sangrientos é inhumanos resultados que tenían.

Pero oigamos al historiador como va narrando esta época, sigamos en su escabroso camino y le recorreremos fácilmente con tan buen guia.

Pintando con su horrible verdad las costumbres del imperio romano, dice:

«Asi desde Augusto que aparentó querer contener la inmoralidad, corre despues y se precipita desbocada y sin freno, ayudada de la tirania desenmascarada que era lo único que le habia faltado. Desde entonces no se ve sino una depravacion profunda en todos los miembros de la sociedad: el vicio y la impiedad, la «erocidad y la adulacion, la crápula y la sensualidad «erigida en sistema. Emperadores malvados disponian «le un pueblo corrompido, y soldados licenciosos se «laban emperadores tan desenfrenados como ellos. «Plebe y soldados nombraban, aplaudian, divinizaban al «que esperaban les hiciese mas distribuciones de trigo

«ó de dinero con que matar el hambre, y que les diese «mas espectáculos con que divertirse: cuando las distribuciones y los juegos se acababan, asesinaban á «aquel y aclamaban á otro. Asi el pueblo lloraba como «una desgracia la muerte de Calígula, de Neron, de Cómodo, de Caracalla y de Eliogábalo, porque habian sido los mas pródigos para él. El pueblo, dice elocuente «mente un escritor español (1), el pueblo siempre «mendigo y siempre seguro, decia al tirano: tenga yo «dinero, y tú confisca: tenga yo trigo y tú mata: tenga «yo espectáculos, y tú harás cuanto te agrade: con «que entre el pueblo y el mal príncipe habia una tática «convencion mediante la cual el déspota daba el trigo «y el pueblo los aplausos. . . . .

«Cuando los tiranos salian de sus palacios y oian las «dilataciones y agradecimientos del pueblo, imaginában «se que todo el imperio se hallaba en el mas floreciente «estado y tenían las interesadas y compradas «clamaciones de la canalla bien alimentada por indicios «de la pública felicidad.—¿Hacian, dice en otra parte, «una carniceria de los ricos? Pan al pueblo y mas que «todos los ricos se mataban. ¿Subia un emperador á la «escena ó descendia al palenque con los gladiadores? «Pan al pueblo, y en el senado y en el circo resonaban «aplausos al emperador, comediante, citarista ó coquero. «¿Volvia el príncipe de la guerra sin haber visto al enemigo, ó despues de haber hecho una paz vergonzosa? «Pan y dinero al pueblo, y el príncipe quedaba hecho «padre de la patria, y entraba victorioso en Roma «entre las aclamaciones y bajo los arcos de triunfo. ¿Mor «ria una cortesana, una vil prostituta, esposa del emperador y muger de todos los hombres? Pan y dinero «y aceite al pueblo, y la casta consorte del tálamo nupcial era hecha una diosa, se derramaban lágrimas sobre su tumba, y sus estatuas se adornaban de flores.

«Asi los príncipes apresuraban la corrupcion del «pueblo, y el pueblo ayudaba á la corrupcion de los «príncipes.»

Los hombres de letras, los sábios y filósofos hacian lo mismo, añade el historiador, y lo demuestra. Despues continúa:

«Los hombres del mundo antiguo, no habiendo alcanzado el conocimiento de la verdadera divinidad, «se fabricaron dioses con las mismas pasiones y con «los mismos defectos que ellos; y si al principio les «tuvieron respeto, fueron perdiéndose despues. Habia dioses para todas las virtudes, pero habia tambien dioses para todos los vicios, y los hombres encontraban mas fácil asemejarseles en estos que imitarles en aquellas. Si Júpiter trasformándose en lluvia «de oro, decia Terencio en una de sus comedias, seduciendo á las mugeres, ¿por qué yo, siendo un miserable mortal, no he de poder hacer otro tanto? Y como si el «politeismo de Roma no fuera bastante, como si el catálogo de los dioses romanos necesitara ser aumentado «para autorizar todos los crímenes, llevaron los de Egipto «y Grecia para que los ayudaran á proteger y santificar «los vicios. Si en el templo de la Venus de Babilonia se «prostituian públicamente las mugeres, si en el de Corinto se consagraban mas de mil meretrices á la madre «de los amores, ¿por qué en Roma habia de haber vestales? Nadie queria ya serlo y no se encontraba quien «mantuviera el fuego sagrado. Pero en cambio las madres llevaban á sus hijas á las fiestas lupercales, asistían con ellas á las danzas impúdicas de Flora, y las «acompañaban al teatro á ver representar con demasíada realidad los amores lascivos de Pasífae. En cambio «las doncellas llevaban Priapos colgados al cuello, y las «cortesanas ostentaban su desnudez en los combates «de los gladiadores y exigían que estos escogieran para «morir las posturas mas lúbricas. Asi se formaron aquellas Mesalinas, aquellas Lépidas y aquellas Julias, cuyas «obscenidades y cuyos delitos dejamos á los poetas de «aquel tiempo que los celebran.

«No eran solos el sensualismo y la lascivia los que «contaban con protectores en el Olimpo, ni solos los «altares de Venus, de Adonis y de Priapo los que tenían adoradores. A ningún vicio le faltaba su divinidad, incluso el homicidio y el robo. Hasta la hipocresía era pedida á los dioses como una virtud. «Hermosa Laverna, decia Horacio, enséñame el arte de enganar y concédeme parecer justo y santo. Los templos «de la Piedad, de la Castidad, de la Concordia, de la «Virtud y del Honor estaban ú olvidados ó desiertos: «los votos y las ofrendas se colgaban en el de Júpiter «Praedator, para que les fuese propicio en sus latrocinios. No extrañamos que Ciceron y los hombres ilustrados de su tiempo se burlaran ya públicamente de «aquellas divinidades avergonzadas de lo absurdo del «politeismo; pero no encontraban un dios que pudiera «estar libre de caer en aquel descrédito. No se halló, «como veremos luego, otra cosa que oponer al desautorizado paganismo que una filosofía ineficaz.

«Si la idolatria favorecia la corrupcion, no la fomentaba menos la organizacion política del Estado. El imperio romano era un gigante que tenia abrazada la mitad del mundo con un círculo de hierro. Nunca se «habia estendido tan lejos la opresion de la familia humana, nunca se llevó tan adelante el desprecio de la «humanidad, y nunca se vieron tantas miserias, egoismos tan universal, relajacion tan absoluta de los vínculos sociales. El despotismo de los emperadores, dice «un ilustre escritor, parece haber sido permitido para «dar al mundo un ejemplo de los excesos á que la embriaguez del poder absoluto puede conducir á los hom-

(1) Malgorza y Azanza, discurso sobre el comercio de los romanos.

«bres. ¿Necesitaremos recordar la execrable depravacion de ese catálogo de monstruos imperiales que tuvieron encadenado al mundo, que mataban á sus «semejantes por recreo, que amaestaban á las fieras «en el arte de devorar hombres, que gozaban en los «espectáculos viendo la presteza con que los leones «engullian esclavos ó prisioneros, ó mugeres, ó conspiradores denunciados, y que se saboreaban en las «sas con las lampreas cebadas en sus estanques con «carne humana? Lo que parece sorprender mas es que «hubiera un pueblo tan sumiso que tolerara tan abominables monstruos y tan horribles monstruosidades. «Pero armados ellos con la terrible ley que establecía «el delito de lesa magestad, autorizando y premiando «los delatores, provistos de numeroso espionaje á que «se prestaba grandemente un pueblo de mucho tiempo «atrás corrompido, ellos podian deshacerse fácilmente «de todo ciudadano que pudiera hacerles sombra, «cuyos bienes codiciaran, y los especuladores y traficantes en delaciones les surtian abundantemente de «víctimas, y á trueque de ganar un premio importáblemente «poco llevar familias enteras á los suplicios, ó ejecutar «por si mismos cuantos asesinatos les fuesen ordenados.»

Asi prosigue pintando tan horrible situacion, mas horrorosa aun en las líneas que siguen á las que dejamos narradas, para venir luego á presentar como una consecuencia de tal depravacion general la filosofía escéptica y su funesto maridage con la sensualidad epicúrea. Raquíticas concepciones de los hombres que pervertian mas á la humanidad, porque no la daban consuelo sino desesperacion ó un indiferentismo peor que la misma muerte, á la que al fin apelaban como á un puerto de salvacion.

«Aquel estado del mundo era intolerable, (dice Lafuente en este elegante trozo). Habia una necesidad de «creer y nadie creia: habia una necesidad de reformar «las costumbres públicas, y nadie hallaba el medio de «reformularlas. El politeismo habia recorrido todas sus «fases, y se encontraba desacreditado; se recurría á las «escuelas filosóficas, y las unas desmoralizaban mas, y «las otras eran ineficaces para contener la desmoralizacion. Necesitábase una revolucion general en los «crímenes y en los corazones; la humanidad necesitaba «un asilo, de un consuelo, de un principio moralizador. ¿Dónde se encontraba? ¿De dónde habia de venir? ¿Del «cielo ó de la tierra? Del cielo y de la tierra vino juntamente.»

Y aquí á describir empieza el nacimiento del Salvador del género humano y de la propagacion del cristianismo, hasta que termina el capítulo, presentando la situacion religiosa del mundo al comenzar el cuarto siglo.

Si estudio y exámen merece la historia de España en este importante periodo, concienzudo y detenido lo merecen las páginas que consagra á presentar la «organizacion religiosa, política y civil del reino godo-hispánico hasta el siglo VII. La raza goda, de la cual descendemos, entró en España conquistando con las armas, conquistó á poco con el corazon. Pero traian una gran mision que cumplir y la cumplieron. Ardua es aquí la tarea del señor Lafuente; y tanto mas dificultosa, cuanto que tiene hoy la historia exigencias que no tenia algunos años ha. Los godos causaron una completa revolucion en España; y esta revolucion no se juzga hoy como un simple acontecimiento; hay que investigar su origen, examinar sus consecuencias; hay que considerarla en el orden moral, en el político, en el religioso, en relacion á las costumbres, y hay en fin que emplear esa filosofía de la historia que presenta claramente los hechos.

Con tales prevenciones leemos la obra del señor Lafuente, con tales juzgamos el primer tomo, y con ellas nos ocuparemos de la obra en general á su conclusion, haciéndolo ahora con la ligereza que permiten las primeras impresiones.

Una cosa hacemos notar antes de concluir estas breves líneas, y como prueba del detenido estudio que hace de las épocas y de los personajes de su historia; es la emision de su opinion, contradictoria á veces con los juicios que los historiadores que le han precedido formaran de una ú otra época, de este ó del otro personaje. Examinense estas opiniones; hágase tambien de los hechos á que se refieren, y se notará la diferencia que manifestamos, y se hará justicia á la impropia laboriosidad del señor Lafuente, á lo concienzudo de su trabajo.

El tomo segundo en nada desmerece del primero: no creimos abarcar tanto: celebramos que así sea, porque de este modo tendremos la historia mas completa y exacta, sin esa perdurable estension de otras cuyo estudio es hoy imposible. Parco en describir batallas, ha comprendido la inutilidad de esas descripciones militares, no históricas en su mayor parte. Para conocer una batalla no necesita el que desea saber historia, si hubo tantos movimientos de flanco, y cuantos de frente etc., añadiéndose á esto una buena porcion de palabras técnicas, que ni se comprenden, ni se necesitan comprenderlas.

Ya nos ocuparemos en otra ocasion en demostrar las inmensas ventajas que lleva la historia de que nos ocupamos á cuantas se han publicado hasta el día. Sin embargo, fuerza es decirlo, aunque nos duela en el alma, no comprendemos la avidez con que el público acoge esas nuevas reproducciones de antiguas historias, que si bien son un modelo en su lenguaje, no lo son en sus narraciones inexactas algunas, equivocadas las mas. Fácilmente probaríamos los errores que comete Marina, dando existencia á notables personajes en época



en que solo se conservaba su memoria, y omitiendo hechos hoy incuestionables, y para el padre jesuita dudosos, ó mas bien ignorados. Ya notamos, al hablar del tomo primero, bastantes equivocaciones: compárese ahora el segundo tomo con lo correspondiente á el de Mariana, y se comprenderá la diferencia. La obra de Mariana es hoy un monumento histórico; no un libro para saber la historia: bueno para los que prefieren adornar sus estantes con bien encuadernados volúmenes llenos de estampitas; pero no deben ser preferidos por los que busquen verdadera instrucción en los libros.

En nuestra patria, por desgracia, hay pocos libreros que merezcan el nombre de tales. En otros pais son los libreros personas de verdadera instrucción y de ciencia; y ellos mismos son los principales protectores de las buenas publicaciones nuevas. En Alemania, por ejemplo, constituyen una sociedad los libreros, no solo de todo el imperio, sino muchos tambien del extranjero. Publica uno una obra cualquiera, y ya sabe que cada librero está suscrito por dos ejemplares lo menos; y entre los ochocientos ó mil libreros consumen una edición, favorecen así á los autores, á las letras, al ramo y se favorecen mutuamente. Pero en España parecen los libreros enemigos de los autores, de las letras y de ellos mismos. Tienda de libros hay en Madrid adonde hemos ido á comprar una obra, y despues de ignorar su existencia, nos han dicho no la tenían (la obra): hemos vuelto con el Boletín bibliográfico de los señores Monier é Hidalgo, y con él manifestamos la obra y el anuncio de que se vendía en su casa, y al día siguiente consiguieron encontrarla. Ahora bien, ¿qué nombre merece el librero que no sabe los libros que tiene? pues aun hay mas: este y otros muchos malos, no libreros, sino mercaderes de libros como él, ni aun están suscritos al Boletín bibliográfico que hemos citado, lo cual hemos tenido la curiosidad de preguntar.

No se crea que tratamos de hacer alusión ni de combatir el pensamiento de los señores Fernandez de los Rios y Gaspar y Roig, todo lo contrario; el uno no es librero, los otros son buenos artistas: solo si combatimos el que protejan publicaciones que, si ayer fueron necesarias, dejaron de serlo, y su estudio conduce á lamentables equivocaciones. Siempre protegeremos todo lo que tienda á difundir los conocimientos; la baratura de los libros: pero así como demostramos nuestra imparcialidad criticando en este periódico la mala traducción de la Historia Universal de Cantú, criticaremos que los libreros en quienes reconocemos ilustración, y á quienes alentaremos en sus empresas literarias, dejen de proteger á los escritores contemporáneos.

A. PIRALA.

## DE LOS SUEÑOS.

La teoría de las facultades del alma será una verdadera ciencia, cuando los hechos sobre que descansa, observados con exactitud, hubieren sido registrados y clasificados con cuidado. La acción durante el sueño de los órganos que la sirven y de la voluntad que la dirige, es sobre todo digna de observarse, porque entonces obedece solamente á las leyes de la naturaleza. Así, el psicólogo no debe descuidar el estudio de los sueños, si quiere conocer la naturaleza del principio que los produce. El doctor Abercrombie en sus investigaciones sobre la inteligencia cita muchos hechos extraordinarios cuya realidad garantiza.

Un sacerdote venido de un pueblo cercano á Edimburgo, pasaba la noche en una posada. Allí, durante su sueño, se le figuró que ardía su casa y que uno de sus hijos corría peligro de muerte. Inmediatamente se levanta y se apresura á dejar la ciudad. Apenas habia salido de los muros, divisó su casa ardiendo, y llega á tiempo de salvar á uno de sus hijos, de tierna edad, que en el desorden causado por el incendio, se habia quedado en medio de las llamas.

Un presidente del Parlamento de Tolosa, volviendo de París á sus hogares, se vió obligado por un accidente á detenerse en la posada de un pueblo. Por la noche se le aparece un viejo: «Yo soy, dice la sombra pálida y sangrienta, el padre del dueño actual de esta casa; mi hijo me ha asesinado; mi cuerpo descuartizado, ha sido enterrado por este malvado en mi jardín. Descubre el crimen, denuncia al culpable y véngame.» La sombra desaparece. El magistrado asustado con este sueño, que sin embargo, atribuía á los vapores del mismo, se levantó temprano, habla con su joven huésped, y le interroga diestramente sobre la enfermedad y muerte de su padre; la turbación del parricida le vende. El presidente finge que no lo echa de ver, supone un negocio, sale, va á buscar al juez y la gendarmería, cavan en el sitio designado y encuentran el cadáver; convencido el asesino, declara su crimen, es entregado á los tribunales, y sufre su castigo.

Un propietario de la ciudad de Bensfeldon (Bajo Rin,) cuyas posesiones se hallan á poca distancia de dicha ciudad, creyó ver en sueños, el año de 1819, á un general romano, declararle su nombre y contarle la batalla que se habia dado en aquel sitio, y su muerte. «Cavad, dijo la fantasma, cavad en vuestro jardín y encontrareis mis huesos y mis armas.» El nombre del mismo general hallado exactamente en las antigüedades de Alsacia, inspira al propietario la idea de verificar su sueño. Sin embargo, esta empresa no se realizó, y al año siguiente, el mismo día volvió á aparecer la fantasma y repitió sus

instancias en vista de lo cual, cavaron y hallaron cuanto se habia indicado.

Una señora del pueblo de Issenheim, soñó en 1834 que ardía su casa de campo y avisó á su marido en medio de la noche. Un cuarto de hora despues llamando fuertemente á la ventana vinieron á dar parte del incendio. El marido, ya desvelado por los temores de su esposa, saltó al instante de la cama, y llegando antes que tomasen cuerpo las llamas consiguió librar la vida á un pobre criado, que hubiera perecido si tardan cinco minutos.

La vispera del día en que Enrique II pereció en un torneo, Catalina su esposa le suplicó que no entrase en la liza, porque le habia visto en sueños pálido y cubierto de sangre.

Un mes antes del regicidio de Ravallac, la reina Médicis soñó que estaba inundada en sangre y disperió dando un fuerte grito. Preguntándola Enrique IV la causa de su espanto le contestó habia soñado que le asesinaban. Enrique demasiado crédulo por su desgracia se rió de la vision, diciendo que los sueños no eran mas que mentiras.

Una de mis vecinas, escribe Mr. de Segur, me contaba hace poco que estando malo su hijo, habia experimentado todas las alarmas y agonias que solo puede sentir y expresar el mas tierno y verdadero de los amores: el amor maternal. Habia pasado dias y noches sin descanso y sin sueño, hasta que al fin el niño se pone mejor: los accidentes cesan y le declaran fuera de peligro. M. de M\*\*\* cediendo á las vivas instancias de su familia y de sus amigos, consintió en acostarse y se durmió apaciblemente. De improviso y á la media noche, creyó ver junto á su lecho á su médico que la llama y la dice «¿Qué haceis, desgraciada madre? Dormis y vuestro hijo se muere.» Al oír estas palabras salta de la cama dando un penetrante alarido y corre precipitadamente al aposento que habia dejado antes con tanta seguridad; llama suspirando á la nodriza, y esta muger, que estaba acostada, la pregunta el motivo de su espanto: «Vuestro hijo, la dice, está quieto descansando sobre mi seno.» Estas palabras no pueden sosegar á una madre aun turbada con tan horrible sueño; toma una luz, se aproxima á la criatura; su palidez, la contracción de sus facciones, sus ojos vueltos y fijos redoblan su terror; le arranca de los brazos de la nodriza, se sienta, procura en vano reanimarle y darle calor; el infeliz muere sobre su regazo.

Cambises turbado por un sueño, decretó la muerte de su hermano, á quien creia haber visto sentado en el trono. Nadie ignora los sueños de Faraon ni de Nabucodonosor, ni los de Bruto, al que un espectro se apareció dos veces para profetizarle su derrota y su muerte. Sila titubeaba marchar contra Roma y fué animado en un sueño; así los tiranos sueñan de noche con la sangre que han de derramar del día.

El doctor Abercrombie refiere tambien el suceso de un cajero de una de las principales casas de comercio de Glasco, que no pudiendo establecer la balanza de sus cuentas por mas que meditaba y se fatigaba, lo consiguió al fin por medio de un sueño que le reveló una indiscreción cometida ya hacia nueve meses. El mismo incrédulo Voltaire tenia algun respeto á los sueños, le parecían el origen sencillo y natural de las primeras predicciones, y le aconteció soñando componer versos y recitar un canto entero de la *Henriada*, diferente de los conocidos.

Lo que alimenta y alimentará siempre la credulidad, es la curiosidad del porvenir, y esta mina inagotable hará la fortuna de los charlatanas de toda especie. En todos tiempos han sido estimados los astrónomos que estudian la marcha de los cuerpos celestes, pero han sido mejor pagados los astrónomos que los hacían hablar y adivinar. Otra causa entretiene la fé del vulgo en las predicciones y oráculos de sueños. Mil de estas predicciones salen falsas y al instante se olvidan; pero se verifica una sola y queda impresa en la memoria y grabada en la imaginación; en vano la razón trabaja en borrarla.

## AVENTURAS DE UN JOROBADO.

## CAPITULO I.

EN DONDE SE ENCUENTRA AL HÉROE DE LA HISTORIA.

Hace pocos años viajaba yo con un amigo por Cataluña: era el mes de noviembre y el tiempo estaba lluvioso y borrascoso. Cuando entramos en Gerona, capital de la provincia de su nombre, antes muy poblada, y hoy reducida á menos de ocho mil almas, nos asemejábamos mucho á los dioses marinos al salir de sus acuáticas moradas. En cuanto llegamos á la posada, nuestro primer cuidado fué procurar que nos encendieran una buena lumbre, mudarnos de vestidos y cenar. Puestos ya al abrigo de la intemperie, secos, descansados y satisfecho nuestro apetito, principiamos á hablar de la azarosa expedición que acabábamos de hacer por la montaña con objeto de visitar los lugares que ha hecho célebres la última guerra civil, del frío que habíamos pasado y del regocijo que nos produciría vernos en nuestras casas quietos y tranquilos. Despues preguntamos al fondista, que era un francés muy hablador, qué habia en la ciudad digno de visitarse.

—Vereis en ella mugeres de mas que mediana estatura, de rostro agradable y robustos cimientos; vereis

la famosa catedral construida el siglo XIV bajo la dirección de Guillermo Boffly, en cuya sacristía está el sepulcro de Berenguer II, conde de Barcelona; vereis en la colegiata la capilla de San Narciso vestida de mármoles del reino, y si deja de llover os aconsejo que veais el convento de monjas de San Daniel, estramuros; que es de arquitectura muy notable.

Dirigimos nuestra mirada al rincón mas oscuro de la sala iluminada por una sola vela, para descubrir de donde salía la voz que habia cortado la palabra á nuestro patron, y que nos contestaba de una manera tan pronta y decisiva, y divisamos por fin á un jorobado de extraño aspecto que sentado en un cajón enfrente de un fardo, se ocupaba en componer una figurilla.

—¿Segun eso conoceis el pais?... le preguntamos.

—Ya hace veinte y cinco años que falta de él, contestó el contrahecho; sin embargo, estoy seguro de que todo permanece lo mismo que lo dejé.

—¿Y qué habeis hecho en esos veinte y cinco años? ¿En qué pais habeis habitado? compadre, preguntó el patron cruzando los brazos por la espalda con ademán de importancia y riéndose del pobre diablo con toda la superioridad de un mesonero frente á frente de un pasajero mal vestido.

—En donde no habeis estado y á donde no ireis, señor mío, en el Japon.

—¿En el Japon?... ¿en el pais de la magnífica porcelana?... ¿y qué habeis traído de él? ¿figuritas como la que estais componiendo? ¿quizá tambien tesoros?...

—En punto á tesoros, he traído efectivamente uno; la paciencia que da la pobreza para sufrir las impertinencias de los que son un poco menos miserables que yo.

El patron prorumpió en una carcajada, metió las manos en los bolsillos de los pantalones, hizo sonar los pesos que allí se hallaban reunidos, y luego añadió con insolencia:

—La cena está ya pronta: ¿no quereis sentaros á la mesa con los demás?... á tres pesetas por cabeza.

—Gracias, replicó el desconocido con amarga sonrisa, y levantando los ojos al cielo que continuaba arrojando agua á torrentes: gracias; esta noche no ceno.

—¿Y por qué?

—Porque contaba con los ingresos de mi espectáculo de muñecos para pagar la cena, y el mal tiempo hace imposible esta diversion.

—Pues bien, le dije conmovido con su resignación; reservadnos para mañana las dos primeras localidades de vuestro teatro, y en cambio del precio de vuestras entradas, os suplicamos acepteis la invitación que os hacemos de venir á cenar.

El pobre corcobado hizo una profunda reverencia, volvió á colocar con mucho cuidado su figurilla en el cajón que le servía de asiento, y fué á sentarse entre mi compañero y yo. Sirvieron la cena, á la que se aplicó bien, y algunas copas de vino de Jerez acabaron de confortarle. Cuando se levantó de la mesa, volvió á tomar asiento con nosotros en el hogar; estaba alegre, decididor y chistoso.

—¡Ah! caballeros, nos dijo, si me hubieran predicho hace veinte y cinco años que habia de volver á este pais, miserable y jorobado, me hubiera reído en las barbas del adivino; y sin embargo, heme aquí deforme y reducido á tal extremo de pobreza, que si he cenado ha sido por caridad.

Como nos sonreíamos con cierto aire de duda, continuó:

—No me creéis?... tanto peor, porque esa duda os valdrá saber mi historia. Escuchadme, pues: si os dormis, os tiraré del brazo.

Pertenezco á una familia noble y rica de esta comarca. Salí de Barcelona á bordo de una hermosa fragata de guerra y con la charretera de teniente de marina. Despues de navegar por varios mares, recibí orden de formar parte de una expedición que se dirigía hacia la China, y á la que el gobierno de entonces daba la comision de que procurase penetrar en aquel pais tan poco conocido de los europeos. Un día que me encontraba sobre el puente, un golpe de viento repentino rompió uno de los mástiles, cayó sobre mí, y me dejó moribundo. Tenia medio fracturada la espina dorsal, y durante tres meses estuve sin conocimiento entre la vida y la muerte.

Al cabo de aquel tiempo no sé qué pasó á bordo del buque que mandaba, pero cuando recobré el sentido, me vi muy sorprendido al encontrarme en una cabana que no conocia, y asistido por un hombre cuyo lenguaje no entendia. Me dijo por señas que me habia hallado á la orilla del mar tendido sobre unas yerbas marinas, mientras mi barco se hacia á la vela y se alejaba de la costa con rapidez. Perdiame en conjeturas acerca del motivo que habria tenido mi tripulación para abandonarme de un modo tan cruel é indigno; mas tarde, y cuando regresé á Europa, supe que los marineros, habian asesinado á los demas oficiales y apoderándose del buque para hacerse corsarios en las lejanas regiones por donde navegaban.

Mi curación fué lenta, y mientras duró la convalecencia mi patron me prodigó los mas tiernos cuidados: sin embargo, no era mas que un pobre juglar, que vivía de las limosnas que le producian sus juegos de destreza. Concluimos por formarnos una especie de lengua, medio por signos y medio por palabras, y supe por fin que me hallaba en el Japon.

Cuando estuve curado como podia estarlo, conocí con harto pesar mío, que quedaria estropeado toda la vida, y que era necesario resignarme con mi triste deformidad. Tomé, pues, mi partido, menos desesperado de lo que quizás creéis, y me decidí á ayudar á mi pa-



tron en su miserable oficio. Porque era preciso vivir, y no tenía la elección de los recursos en un país enteramente desconocido, extraño á las costumbres europeas, y de que no sabía ni aun la lengua. Púseme á fabricar muñecos que se movían por medio de unos resortes ocultos, y aquellos groseros autómatas causaron tanta admiración á mi patrón, que auguró producirían muy buen efecto en el público japonés. Yo reunía además ¡ay! todo cuanto era necesario para un excelente payaso: mi enfermedad me había dotado con lujo de la parte física adecuada para este empleo: pusímonos, pues, en camino para la ciudad inmediata llamada Mastmai.

Para llegar á esta población nos servimos de una barquilla, que mediante cierta retribución admitía pasajeros á su bordo y saltamos á tierra en la isla Mastmai. Antes de pasar mas adelante es necesario, caballeros, que os dé algunas nociones geográficas sobre la situación del Japon, su extensión y su clima.

La situación del imperio japonés corresponde en cuanto á la latitud, á las regiones de nuestro hemisferio situadas entre las provincias meridionales de la Francia y la parte Sudeste del imperio de Marruecos. La longitud es de cien grados al Este de San Petersburgo: por manera que hacia el centro del Japon sale el sol siete horas antes que en la capital de la Rusia. Ya veis que no he olvidado completamente mi profesión de oficial de marina: sé la geografía.

El Japon se compone de muchas islas, de la que las mas considerable es la de Nifon. La mayor longitud de Sudoeste á Noroeste, abraza un espacio de trescientas leguas; su mayor anchura es de cerca de sesenta leguas.

Al Norte de Nifon, y á muy poca distancia, se encuentra la isla de Mastmai, la vigésima segunda de las Kurilas, que contiene cerca de doscientas cincuenta leguas de circuito.

Al Norte de Mastmai se ve la isla de Sachalin, de la que solamente la mitad que forma la parte meridional pertenece á los japoneses: el resto está sometido á los chinos. Otras tres islas Kurilas son tributarias del Japon, á saber: Kunaschir, Thikosan é Iturup, ó mas bien *Tourpon*, segun la pronunciación de los naturales.

Al Sur de Nifon están las dos grandes islas de Kioson y de Sikouson: la primera tiene ochenta leguas de largo y la segunda cincuenta. Además de estas ocho islas principales, hay otra multitud de ellas, que forman parte del mismo imperio, pero que son de menor importancia.

Las posesiones japonesas, circuidas por el Océano oriental, están enfrente de la Corea, de la China y de la Tartaria: están separadas de ellas por un ancho brazo de mar que se llama mar del Japon, y que al estrecharse toma el nombre de estrecho de Corea. La menor anchura de este brazo de mar, entre la costa me-

ridional de Nifon y la Corea, es de treinta y cinco leguas: la anchura mayor es de doscientas.

Comparando la posición geográfica de las posesiones japonesas con la de los países situados bajo el mismo grado de latitud en el hemisferio occidental, cualquiera esperaría encontrar una gran semejanza de clima, pero

verdad poco comunes, mas sin embargo, el termómetro de Reaumur ha señalado algunas veces 45 grados bajo cero.

En estio, los países de Europa situados bajo el mismo paralelo que Mastmai experimentan calores fuertes y continuos, pero en esta isla llueve por lo menos dos veces á la semana; oscurece la atmósfera en la estremidad del horizonte, reinan vientos muy fuertes, y apenas desaparece la niebla.

Los naranjos, limoneros é higueras crecen allí al aire libre en medio de los campos, y se recolectan tambien los mas frutos de los países cálidos; prosperan igualmente las producciones de los climas templados, las manzanas, peras, albaricosos y vides.

Jamás he ido á Nifon, la principal de aquel imperio, pero he sabido por los naturales que en Yedo, su capital, situada en el grado 36 de latitud, suele caer mucha nieve durante las noches de invierno que se derrite al recibir los primeros rayos del sol. Si se reflexiona que Yedo y Málaga en España están á igual distancia del polo, es preciso concluir que el clima del hemisferio oriental es mas riguroso que el opuesto.

Los japoneses me han asegurado que en la parte meridional de Sachalin, la tierra no suele deshacerse en estomas que hasta la profundidad de pie y medio. Comparad con este clima un sitio de Europa cuyo paralelo sea poco mas que el mismo, como por ejemplo, la ciudad de Lyon en Francia, y encontrareis una diferencia prodigiosa.

No puedo dudar de las aseveraciones de los japoneses, porque en la isla de Raschona, una de las Kurilas, situada á los 47 grados 45 minutos de latitud, encontramos á mediados de mayo muchos terrenos helados.

En esta estación, el mismo de Finland, en una latitud de 60 grados, no presenta ya hielos, aunque la mar, por razón de su poca anchura, no permite á los témpanos romperse y solo se debe el deshuelo á la acción de los rayos solares. En Raschona por el contrario, en donde los rayos del sol tienen la misma fuerza, las olas del Océano deberían bastar para romper los hielos.

Esta enorme diferencia de clima depende de las localidades, el Japon está en el Océano oriental, que se ha llamado con justa razón el *mar de las Brumas*. No es extraño ver allí reinan las nieblas en estio tres ó cuatro días seguidos, y apenas se pasan algunas horas del día sin ellas ó sin lluvia. Las brumas y el mal tiempo hacen el aire frio y húmedo; los rayos del sol no tienen allí la misma actividad que en un cielo sereno: agréguese á esto que la parte septentrional de las islas de Nifon, Mastmai, y Sachalin se halla cubierta de altas montañas, cuyas cimas se pierden en las nubes. El viento que llega de aquellas montañas contrae en ellas un frio glacial. Por último, los japoneses se hallan separados



Vista de la ciudad de Gerona



El robado, el posadero y los dos viajeros.

tres últimas poblaciones apenas se conocen las heladas, y solo se ve la nieve en las cimas de las montañas mas elevadas. En Mastmai por el contrario, los estanques y lagunas se hielan durante el invierno: los valles y llanuras se cubren de nieve desde el mes de noviembre hasta el de abril, y nieva con tanta abundancia como en San Petersburgo. Las heladas muy fuertes son en

po hacen el aire frio y húmedo; los rayos del sol no tienen allí la misma actividad que en un cielo sereno: agréguese á esto que la parte septentrional de las islas de Nifon, Mastmai, y Sachalin se halla cubierta de altas montañas, cuyas cimas se pierden en las nubes. El viento que llega de aquellas montañas contrae en ellas un frio glacial. Por último, los japoneses se hallan separados



rados del Asia, que es su cuna, por un brazo de mar que solo tiene algunas leguas; enfrente está el país de los manchus y la Tartaria; toda esta región está llena de montañas, innumerables lagunas, y desiertos incultos, de donde soplan, aun en estío, vientos escesivamente fríos. Tales son las tres causas que producen una diferencia de clima considerable, entre las regiones orientales del antiguo mundo y nuestro hemisferio occidental bajo un mismo paralelo.

## CAPITULO II.

## COSTUMBRES Y TRAJES.

No necesito decirlo, continuó el corcobado, que hallándome por primera vez en una ciudad japonesa, todo escitaba mi curiosidad. Esta se encontraba ampliamente justificada por lo que veía en aquel país. Los edificios no tienen mas piedra que en los cimientos; son de madera y muy ligeros por causa del calor del clima, y no suelen tener mas que un piso; los tabiques que separan las habitaciones son móviles, por manera que puede hacerse una sola pieza de toda la casa como sucedía antiguamente en España. Se ignora el uso de las chimeneas; encienden fuego en unos braseros de cobre muy limpios poco mas ó menos á la usanza española, los pobres tienen hogares de ladrillo.

Los muebles están muy juntos; cubren el pavimento esteras finas, que procuran tener siempre limpias, y sobre las que para recibir las visitas estenden tapices ó telas.

Diferentes especies de armas, vasos de porcelana y algunas curiosidades, adornan lo interior de las habitaciones; las paredes están cubiertas de papel dorado ó de color; las personas ricas suelen añadir elegantes esculturas de madera, barnizadas ó doradas.

El exterior de los edificios es de una sencillez escusada; la diferencia entre la habitación del pobre y la del rico, consiste en que las casas de los grandes personajes están precedidas de un espacioso patio cerrado con altas empalizadas ó paredes de tierra, de tal modo, que desde la calle no se ven mas que los tejados.

Los grandes y los ricos tienen además vastos jardines contiguos á sus casas; se esmeran en adornarlos, y para ello no ahorran gasto alguno. Lo interior de las casas de aquel país está estremadamente limpio. Las calles son muy estrechas.

Antes de emprender nuestro viaje, mi patron me vistió y compuso al uso del país, es decir, me rasuró la barba y la parte superior de la cabeza, dejándome únicamente el cabello de la nuca y las sienes. Recogió el pelo que se hallaba en aquella parte, y que durante los seis meses de mi enfermedad habia crecido mucho, y lo aló con una cinta blanca. Aunque semejante peinado sea muy sencillo, se necesita cierto arte para conservar-

le, y solo puede conseguirse por medio de una pomada que pone lustrosos los cabellos y los reúne en una masa compacta.

Para que aquel copo de cabello esté perfectamente colocado, es preciso que se asemeje á un pedacito de madera cuadrangular, que estuviese un poco hendido por arriba y por los lados. Los peluqueros japoneses son

Los vestidos de lienzo, están reservados para los indigentes ó los obreros durante el tiempo de su trabajo; uno de estos vestidos fué el que yo me puse. El lino no se conoce en aquel imperio, y se le suple con tegidos de algodón muy fino: esta tela es la que se lleva sobre la carne, y debajo de los llamados *chiramonos*.

Cuando á un japonés le parece que hace demasiado calor en una habitación, se despoja de su vestido exterior, y le ata por detrás á su ceñidor ó faja. Si todavía siente algun calor, se quita tambien el segundo, y así sucesivamente hasta que se queda con uno solo. Si va teniendo frio, vuelve á ponerse sus túnicas.

Debo decirlo de paso, que las mugeres usan por vanidad mayor número de batas: se dice que llevan hasta veinte. Estas batas son de una tela muy fina, y casi semejantes á la gasa.

Los ceñidores de las mugeres son como los de los hombres, pero mucho mas anchos, y dejan ondear las puntas. Otra especie de traje japonés se llama *chauri*: el corte es el mismo que el del *chiramono*, pero es mas ancho: se le ponen sobre los demas vestidos, y sin ceñidor: hablando con propiedad, es el traje de ceremonia. El *chiramono* basta pa-

Calco de un relieve japonés representando habitantes de todas clases.

muy hábiles, pero emplean mucho tiempo en aquella operación.

Me dió en seguida una bata sin cuello, con mangas anchas, que no llegaban mas que hasta los codos: la parte

ra salir á la calle ó ir á visitar á un amigo, pero si se trata de una visita de etiqueta, es indispensable el *chauri*.

En el pecho y mangas de este vestido se ven bordadas las armas de la familia.

La tercera especie de este traje es la *kapa*, especie de sobretodo que solo se lleva cuando hace frio, y que jamás se tiene puesto en casa: el corte es el mismo que el del *chauri*, pero es mas larga y de una tela mas inferior.

Los japoneses no usan calzones sino para su traje militar ó cuando viajan: los funcionarios públicos los llevan tambien cuando desempeñan su empleo, los dias festivos, y cuando van á visitar á sus superiores.

Por consiguiente, se conocen tres formas diferentes en esta prenda tan indispensable entre los europeos. Los calzones de los militares se asemejan á los de los turcos, pero no tan anchos, y son de una tela de seda muy fuerte. Los de los magistrados se parecen mucho á los de los militares.

Los calzones de los viajeros son de seda ó algodón: el corte es como el de nuestros pantalones, pero no tienen botones, y solo si dos correas cosidas una por delante, y otra por detrás.

La tercera especie de calzones forma parte del gran traje de ceremonia: es un verdadero jugon de muger, colocado sobre los demas vestidos: la única diferencia consiste en que estrechándose por su parte inferior, está recogido por el medio hasta las rodillas, y deja las piernas descubiertas y libres.

Los japoneses tienen mucha vanidad en esta parte de su adorno. Casi siempre que ibamos á ver al gober-



Calco de un relieve japonés representando habitantes de todas clases.

inferior de la manga estaba recogida y algo levantada y formaba una especie de saco que servía como de bolsillo.

El traje ordinario se llama *chiramono*: sea por vanidad ó por resguardarse del frio, suelen llevar cinco ó seis de aquellas batas unas sobre otras, y se sujetan con un ceñidor que da dos vueltas al cuerpo.

Todos los japoneses, aun los menos ricos, llevan trajes de seda, especialmente los dias de fiesta: las personas opulentas escogen telas mejores: el pueblo bajo usa comunmente telas de algodón.



nador, tenía como sus principales empleados, calzones diferentes. Eran de una tela de seda muy tupida, semejante al gró, unas veces verde, azul ó lila, y otras de distinto color. Los vestidos superiores siempre son negros.

Los japoneses solo cuando viajan, usan medias que llaman *kefan*. Son de algodón; unas de punto, y otras de pedazos de tela cosidos. El dedo grueso se halla separado de los demás dedos, pues así lo exige la forma particular de los zapatos.

Comunmente usan polainas: las de los ricos son de algodón blancas ó azules. El pueblo bajo anda descalzo, especialmente cuando hace mal tiempo para ahorrarse el lavado.

El calzado es de paja ó sandalias de madera. Los *soris*, que es el mas comun, consisten sencillamente en una suela tegida con paja de arroz. Un cordón de paja del grueso de un dedo forma en medio de la suela una especie de anillo, en el que se sujeta el pie: otra cuerdecita atada á aquel anillo pasa por entre el dedo grueso y el inmediato, y de este modo andan cómodamente.

Los japoneses se hallan tan acostumbrados á aquel calzado, que se le ponen con la mayor facilidad, y aun cuando casi siempre andan descalzos, no sienten la menor incomodidad; pero el uso del *soris* deja entre el dedo grueso y los demás un espacio considerable.

El *soris* es sin distinción alguna el calzado de los hombres, mugeres y niños. Los que usan los ricos son mas elegantes y mejor trabajados, y la suela y correas son de piel de gamuza.

El calzado de viaje se llama *varansi*. Es un *soris* de paja, pero mas fuerte y sencillo. En vez de anillo, tiene correas que sujetan con fuerza la suela á la planta del pie: con esta especie de calzado siempre llevan medias.

La tercera especie de zapatos solo la usan cuando el camino está sucio y lleno de lodos. Son unas sandalias de madera muy delgada con dos tacones tambien de madera: se sujetan como los *soris*, por medio de unas correas que pasan por entre los dedos gruesos. Las gentes de pró las llevan elegantemente barnizadas; los pobres, de madera comun.

Es verdaderamente asombrosa la ligereza con que los japoneses caminan con semejante calzado, pero si el camino está resbaladizo llevan un bastón para apoyarse.

Es necesaria tanta sencillez en el calzado por la costumbre de dejarle á la puerta, y entrar descalzos en las habitaciones, ó cuando mas con medias: es, pues, indispensable usar zapatos que puedan ponerse y quitarse prontamente.

Ni los hombres ni las mugeres llevan nada en el cuello: los primeros descubren una parte del pecho, pero cuando hace frío le cubren cerrando la parte superior de su *chauri*. En este país no se conocen los guantes; si tienen frío se bajan sus largas mangas y en ellas meten las manos: solo usan gorros en tiempo de lluvia ó cuando hace un calor escesivo: son de tan pequeñas formas, que apenas llegan hasta donde comienza el cabello, y las orillas ó caídas, que son muy anchas, se ponen levantadas: los sujetan con unas cintas á la barba, sin lo que continuamente se estarían cayendo. La gente del pueblo lleva gorros de paja, y los ricos de cuero y aun de madera barnizada: algunos los usan hasta dorados.

Los japoneses salen con gusto sin nada en la cabeza aun cuando haga un día despejado y caliente el sol: cuando los rayos de este astro comienzan á molestarles, se preservan con un abanico que no dejan nunca en el estío, y aun algunos llevan dos. Cuando no se sirven de este mueble, le cuelgan á la cintura, con el tintero y porta-lapicero: llevan ademas una cartera provista de papel, dinero y algunos medicamentos, sin lo que ningún japonés saldría de su casa.

El color dominante es el negro: los vestidos de las personas distinguidas son negros: solo usan el color blanco para trajes de luto.

(Se concluirá.)

## LAS ALMAS DEL PURGATORIO.

NOVELA.

(Continuación.)

El amor principió á disipar los remordimientos de nuestro héroe y la vanidad completó la obra. Los estudiantes con quienes comió en casa de don García, habían sabido por este cual era el verdadero matador de don Cristóbal, y como temían de sumo á un caballero tan famoso por su valor y destreza, su muerte les colmó de alegría y felicitaron á porfía al de Marana. Llamábale la honra, la flor, el brazo de la universidad; brindaron á su salud con entusiasmo, y un estudiante de Murcia improvisó un soneto en su alabanza, en el cual le comparaba al Cid y á Bernardo del Carpio. Sentíase, empero, don Juan, al levantarse de la mesa, algun peso en el corazón; aunque es dudoso que hubiese resucitado á don Cristóbal, si con poder se encontrase para ello, pues arriesgaría menoscabar la consideración y fama que alcanzara con semejante muerte en toda la universidad.

Por la tarde hubo de ambas partes exactitud en la cita dada á las orillas del Tormes. Tomó doña Teresa

de la mano á don Juan (lo del brazo no se acostumbraba todavía) y doña Faustina al de Navarro; y tras unos cuantos paseos se separaron, prometiéndose no perdonar ocasión de volver á verse.

Luego que dejaron á las dos hermanas, tropezaron con unas gitanas que bailaban al son de sus tamboriles en medio de un grupo de estudiantes, y se reunieron á la partida. Las bailarinas gustaron á don García, quien resolvió convidarlas á comer; y hecha la proposición, fué aceptada inmediatamente. Por supuesto que no faltó al banquete don Juan, en calidad de *fidus Achates*; y como le picara el dicho de una de las gitanas que había comparado su porte al de un fraile novicio, hizo incapie en probar cuán mal le venía tal calificación, bailando, jurando, jugando y bebiendo por si solo tanto como pudieran hacerlo dos estudiantes de segundo año. Montó á tal punto en furor con la embriaguez, que costó trabajo llevarle á media noche á su casa: quería pegar fuego á Salamanca y beberse en seguida el Tormes, para que no fuese dable apagar el incendio.

Así iba perdiendo nuestro héroe una tras otra todas las buenas cualidades con que le habían dotado la naturaleza y su educación. A los tres meses de su llegada ya, bajo la dirección de don García, tenía mas que seducida á la infeliz Teresa, llevándole su camarada ocho ó diez días de ventaja solamente con doña Faustina. El amor de don Juan fué en un principio el que siente un niño de su edad respecto de la primera mujer que se arroja en sus brazos; pero, don García le demostró, sin que le costase mucho, que la constancia era una virtud quimérica; y que si se portaba de distinto modo que sus demás compañeros de orgías universitarias, la reputación de Teresa lo padecería. «Porque, decía, solo un amor violento y satisfecho puede contentarse con una mujer.»

Por otra parte, las malas compañías no dejaban á don Juan momento alguno de reposo. Apenas se le veía en las clases, y esas veces adormeciente, llevado de calles por sus vigilias y desenfreno, las doctas lecciones de los mas ilustres profesores. En desquite, se presentaba el primero en los paseos, siendo el último en retirarse, y pasaba por lo regular las noches que no podía doña Teresa consagrarle, en tabernas ó en sitios peores todavía.

Recibió un día un billete de esta, en el que le expresaba su disgusto por tener que faltar á la cita convenida para aquella noche, pues acababa de llegar á Salamanca una anciana parienta á quien se le había cedido su cuarto y ella debía dormir en el de su madre. Sintióse poco afectado del aviso don Juan, como que no le faltaba donde emplear la noche; pero, al salir de su casa, ocupada la mente en sus proyectos, le entregó una tapada otro billete de doña Teresa participándole que se había dado sus trazas á fin de obtener un dormitorio separado, y que todo estaba dispuesto, de acuerdo con su hermana, para la cita. Enseñó don Juan la esquela á su amigo; y después de alguna vacilación, escalaron maquinalmente y como por una especie de hábito, los balcones de sus queridas.

Tenía doña Teresa un lunar en la garganta, cuya vista, la primera vez que le permitió ésta mirarlo, fué considerada por nuestro héroe como un favor inmenso. Algun tiempo continuó estimándolo encantador y sin igual en el mundo: ya se le parecía á una violeta, ya á una anémona, ya á la flor de la alfalfa. Pero pronto este lunar, lindísimo realmente, perdió para él todos sus primores.

—No es mas que una gran mancha negra, decíase á sí mismo suspirando ¡que lástima que esté donde está! ¡Diablo! ¡si se asemeja á una corteza de tocino! ¡Carguen los infiernos con el tal lunar!

Hasta preguntó cierto día á Teresa, si no había consultado á los médicos sobre el modo de estinguirlo: á lo que la pobre muchacha contestó encandecida que ningún hombre, excepto él, había visto aquella mancha y que su nodriza solía decirle que semejantes lunares son signos de buena ventura.

La penarrada noche como que don Juan había venido á la cita con un humor pésimo, parecióle el lunar aun mayor que otras veces.

—Pardiez, dijo en sus adentros, si es la efígie de una rata. ¡Qué monstruosidad! Es un signo de reprobación como el de Cain. Preciso es estar endiabladado para enamorarse de tal muger.

Con esto su mal humor subió de punto; riñó á la pobre Teresa sin motivo, la hizo llorar y se separó de ella entre dos albas sin concederle el abrazo de despedida. Don García, que salió junto con él, permaneció silencioso unos momentos; pero deteniéndose de improviso, exclamó:

—Convenid, don Juan, conmigo, en que nos hemos fastidiado á las mil maravillas esta noche. En cuanto á mí, aun me dura el hastío, y me sobran las ganas de mandar á todos los diablos á mi princesa.

—Pues no teneis razon, dijo don Juan; que la Faustina es una persona linda si las hay, con una blancura de cisne y siempre alegre como el mayo. ¡Os ama, ademas con tal extremo! Sois, en verdad, muy dichoso.

—En buena hora, convengo en su blancura; pero le faltan colores y comparada á su hermana, parece un buho al lado de una paloma. Vos si que sois dichoso.

—Tal cual, respondió don Juan. La chica es graciosa, cierto; pero se resiente de la niñez y no se le puede hablar en razon. Su cabeza es un estuche de cuentos de caballería andante y se ha forjado sobre el amor las mas estravagantes ideas. Sus exigencias son de á fólio, don García.

—¡Bah! eso consiste en que no sabeis aun (achaque

de gente primeriza) poner en su punto á vuestras amantes. Una muger, creedme, es á manera de un caballo; si la dejais adquirir malas mañas, si no cuidais de persuadirla que no la perdonareis capricho alguno, sois hombre al agua.

—Decidme, don García; ¿tratais vos á vuestras amantes como á vuestros caballos?

—No, porque soy de sobra bondadoso. Ea, pues, don Juan, ¿quereis cederme á vuestra Teresa? Os fio que dentro de quince días os la volveré suave como un guante. Os ofrezco en cambio á Faustina. ¿Necesitais encima alguna cosa?

—El convenio, dijo sonriéndose don Juan, me agradaría sobre manera á consentir en él esas damas. Pero doña Faustina no querrá cederos, pues temerá perder en el trueque.

—Modesto sois á fé: cobrad, empero, aliento, pues tanto la he hecho rabiar últimamente, que el primero que se le presente le parecerá, comparado conmigo, un ángel de luz junto á un precito. Hablo de veras don Juan.

El tono serio con que el de Navarro decía estas extravagancias, aumentaba la risa de nuestro héroe. Interrumpiéndole la llegada de muchos estudiantes, que torció el curso á sus ideas; por la noche sentados ambos amigos ante una botella de vino de Montilla, acompañada de una pequeña cesta con bellotas de Valencia, volvió don García á quejarse de su amante. Acababa de recibir una carta de Faustina henchida de tiernos discursos y dulcísimas quejas, al través de las cuales adivinaba su agudo ingenio, dado á tropezar siempre con el lado ridículo de cada cosa.

—Divertios, dijo don García ofreciendo la amorosa epístola á don Juan y bostezando desmesuradamente. Divertios con la lectura de ese bello trozo. ¡Una cita para esta noche, con todos los diablos! ¡Carguen estos conmigo si fuere allá!

Don Juan leyó la carta y le pareció encantadora.

—De seguro, dijo, que si tuviera yo una amante como la vuestra, me ocuparía solo en su felicidad.

—Tomadla, pues, amigo mio, exclamó don García: os abandono mis derechos. Todavía mejor, añadió levantándose y como asaltado de una idea repentina; juguemos nuestras queridas; Aquí hay barajas; una partida de tresillo y pecho al agua. Doña Faustina es mi posta, la vuestra doña Teresa, ¿os parece bien?

Desternillándose don Juan de risa con la locura de su camarada, cogió las cartas y las barajó, y aun que sin prestar atención al juego, le favoreció la suerte. Don García, conforme con su pérdida, pidió recado de escribir y giró contra doña Faustina una especie de letra de cambio ordenándole se pusiese á disposición del portador, no se otro modo que si hubiera escrito á su administrador mandándole entregar cien ducados á uno de sus acreedores.

Don Juan, siempre riendo, invitaba á don García para que se desquitase, pero este no quiso.

—Si teneis una pizca de valor, dijo al de Marana, tomad mi capa y encaminaos á la puertecilla que conocéis perfectamente. Solo hallareis allí á Faustina puesto que la Teresa no os aguarda esta noche. Seguidla sin chistar; una vez en su cuarto no dejará de sorprenderse y quizá vierta una ó dos lágrimas; pero no os detengais por esto, que es seguro no gritará. Enseñadle entonces mi carta y decidle que soy un malvado, un monstruo, todo lo que se os antoje; añadidle que en vos se le presenta una manera pronta y facilísima de vengarse, y yo os fio que le parecerá dulce la venganza!

A cada palabra de don García, introducía mas adentro el diablo en el corazón de don Juan, demostrándole que aquel chiste podía finalizar para él lo mas agradablemente del mundo. Cesó de reir, y comenzó su frente á enardecerse.

—Si estuviese seguro, dijo, de la conformidad de Faustina...

—¿Cómo de su conformidad? exclamó el libertino. ¿Tan bisono sois, que creais capaz á una muger de vacilar entre un amante de seis meses y un amante de un día? Id, y mañana, ambos me dareis las gracias, estoy seguro de ello: no os pido en recompensa sino que me permitais cortejar á Teresa para desquitarme.

Notando que llevaba ya de vencida á don Juan, le dijo resueltamente:

—Decidios; pues en cuanto á mí, no pienso ver á Faustina esta noche; y así, si no aceptais la propuesta, doy este billete al gordo de Fadrique quien me heredaré.

—Manos á la obra, venga lo que viniere, exclamó el de Marana; y para cobrar valor echóse á pechos un gran vaso de Montilla.

Acercábase la hora. Don Juan, como quien se sentía aun un residuo de conciencia, redoblaba los tragos á fin de aturdirse. Sonó por último el reloj, y don García, arrojando su capa sobre los hombros de don Juan, le condujo hasta la puerta de su amante, en donde le deseó una buena noche; y hecha la señal convenida, se alejó sin que el menor remordimiento le punzase por la mala acción que acababa de cometer.

La puerta se abrió inmediatamente. Doña Faustina esperaba hacia algun tiempo.

—¿Sois vos, don García? preguntó calladito.

—Si, respondió don Juan todavía mas bajo y oculto el rostro bajo los pliegues de una gran capa. Cuando hubo entrado, la puerta se volvió á cerrar, y don Juan principió á subir por una escalera oscura tras su guía.

—Ceged el extremo de mi mantilla, dijo la dama, y seguidme sin meter ruido.

Dentro de poco se vió nuestro héroe en el aposento



de Faustina, alumbrado débilmente por una sola lámpara. Al pronto se mantuvo de pie, sin quitarse la capa ni el sombrero, con la espalda contra la puerta y sin atreverse aun á descubrirse. Consideróle unos instantes doña Faustina sin desplegar los labios; pero de improviso, se adelantó hacia él con los brazos abiertos, movimiento que el de Marana imitó, dejando á la sazón caer la capa.

—¿Cómo! ¿sois vos, don Juan? exclamó la joven. ¿Qué tiene pues don García? ¿Está enfermo?

—¿Enfermo? no, dijo don Juan.... Pero, le es imposible venir, y me ha enviado en su lugar.

—¿Qué lo siento! Decidme ¿será acaso otra muger quien le impida acudir á la cita?

—¿Con qué tan libertino le juzgais?

—¿Cómo se va alegrar mi hermana al veros! ¡Pobrecilla!.... Pues á fé que no os esperaba: dejadme ir á avisarla.

—Es inútil.

—¿Teneis un aire de...! Vamos, don Juan, me traeis alguna mala noticia... ¿hablad ¿le ha sucedido alguna desgracia á don García?

No sabiendo que responder, presentó don Juan á la infeliz joven el infame billete de su amigo. Leyólo ella con precipitación, sin penetrar al pronto su objeto; como que lo releó, y aun así no podía dar crédito á sus ojos. Observábala don Juan atentamente y la veía, ya enjugarse la frente, ya frotarse los párpados: sus labios temblaban, una palidez mortal cubría su rostro, y tenía que asir el papel con ambas manos para que no se le cayese. Levantándose por último, con un desesperado esfuerzo, exclamó:

—Falsedad! horrible falsedad! don García no es capaz de haber escrito esto!

—Su letra os es bien conocida, respondió don Juan; ignoraba cuanto valeis.... y yo he aceptado su proposición, porque os adoro!

Faustina le lanzó una mirada henchida del desprecio mas profundo, y se puso á leer de nuevo con la atención de un abogado que recela alguna falsificación en un documento. Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos y clavados en el papel. A tiempos una lágrima se le desprendía, sin que por eso pestanease, y rodaba por sus mejillas hasta caer al suelo. De improviso lució en sus labios una sonrisa de loca:

—Es una chanza ¿no es verdad? ¿No es verdad que os chanceais, y que don García está allí escondido y va á aparecer?

—Nada hay aquí de broma, doña Faustina. Os adoro de veras; y si no me creyeseis, me hariais completamente desgraciado.

—¡Miserable! exclamó la burlada joven; si sientes lo que dices, eres aun mas infame que don García!

—El amor lo excusa todo, hermosa Faustina. Don García os ha abandonado ¿porqué no consolaros conmigo? He allí á Baco y Ariadna pintados: permitidme que sea vuestro Baco!

Sin responder una palabra, cogió la irritada amante un cuchillo que estaba sobre la mesa, y se avalanzó á don Juan; pero éste, como no se le había escapado el movimiento, la prendió del brazo, la desarmó fácilmente, y juzgándose autorizado para castigarla de aquella primera hostilidad, le dió tres ó cuatro besos, y se empeñó en arrastrarla hacia un pequeño lecho de reposo. Doña Faustina era de suyo endeble y delicada; pero, estimulada por la cólera, resistía al libertino, ora subiéndose sobre los muebles, ora defendiéndose con las manos, con los pies y hasta con los dientes. En un principio recibió don Juan los golpes riéndose; pero, dentro de poco se encendió en ira como lo estaba en amor, y estrechó fuertemente á Faustina, sin curarse de ajar su finísima piel, semejante á un luchador empeñado en triunfar de su adversario á cualquier precio, y pronto á ahogarle con tal de vencerle. La ultrajada dama se valió entonces del último recurso; y si un sentimiento de pudor femenino la había aun retraído de llamar quien la socorriese, viéndose ahora casi vencida, aturdió la casa con sus gritos.

Conoció don Juan que no debía pensar ya en poseer á su víctima, sino en ponerse á salvo. Quiso repeler á Faustina y apoderarse de la puerta; pero, asiéndole ella de los vestidos, no le dejaba escapar. Oíase entre tanto el alarmante rumor de las habitaciones interiores, y aproximábanse los pasos y las voces; no había momento que perder. Hizo un esfuerzo para lanzar de sí á doña Faustina; mas teniale ésta de tal suerte cogido por la ropilla, que lo que logró fué girar sobre sí mismo junto con ella, cambiando meramente de posición. Hallábase entonces Faustina al lado de la puerta, que se cerraba por dentro, y continuaba siempre gritando. Abriéronse las dos hojas de repente, y un hombre con un arcabuz en la mano, apareció en el dintel. Instantáneas fueron la exclamación y el tiro. La lámpara se apagó, y don Juan sintió que las manos de doña Faustina se aflojaban, y que alguna cosa líquida y caliente se deslizaba por las suyas. Y cayó ó mas bien se dejó caer en tierra la desventurada; que una bala le había roto la espina dorsal, equivocándola su padre con su infame violador. Avalanzóse don Juan ya libre, á la escalera, envuelto en el humo del arcabuz; y aunque recibió un culatazo de manos del padre, y un sablazo de las de un sirviente que le iba á los alcances, ni uno ni otro le ocasionaron gran mal. Empuñando la espada, trató de hacerse calle, y apagar la luz que llevaba el criado: éste, asustado con su resuelto porte, retrocedió; pero don Alonso de Ojeda, intrépido y ardoroso, se precipitó sobre él sin titubear. Paró don Juan algunos botes, no queriendo sin duda mas que defenderse; empero, es tal el hábito

en las suertes de esgrima, que maquinalmente y sin intención sucedió la estocada al reparo; de donde provino que al cabo de unos instantes exhalase el padre de Faustina un hondo suspiro, cayendo mortalmente herido en el suelo. Sin estorbo que le detuviese ya, arrojóse el de Marana á la escalera, de allí á la puerta, y en un abrir y cerrar de ojos, se encontró en la calle sin que le siguiesen los sirvientes á la sazón amontonados en derredor de su moribundo amo. Doña Teresa, acudiendo al oír el tiro, se había desmayado junto á su padre, sabedora solo de la mitad de su infortunio.

Acabando estaba con la última botella de Montilla don García cuando don Juan, pálido, ensangrentado, oscos los ojos, con la ropilla desgarrada y la valona descompuesta, entró precipitadamente en su aposento y se tiró jadeante y sin poder hablar palabra sobre un canapé. Comprendió al momento el de Navarro que algún accidente grave había acontecido; y luego que don Juan se desahogó un poco, le preguntó por los pormenores. En breves razones quedó informado de todo. Don García incapaz de perder fácilmente su ordinaria flemma, oyó sin pestañear la relación de su amigo; y llevando en seguida un vaso, se lo presentó, diciéndole:

—Bebed, que harto lo necesitáis. ¡Diablo de asunto! Matar á un padre!... Cosa grave es; pero, no faltan de ello ejemplos, á comenzar por el Cid. Lo peor es, que no teneis vos quinientos hombres vestidos de blanco y primos vuestros todos, para defenderos de los arqueros de Salamanca y de los parientes del difunto... Pero vamos al grano!...

Dió con esto dos ó tres vueltas por el cuarto, como para reunir sus ideas, y repuso:

—Pecaría de locura el permanecer en Salamanca tras un acontecimiento tan ruidoso. Don Alonso de Ojeda, no es un hidalgo que digamos, y además sus criados os habrán reconocido. Supongamos que no; pero aun así, es tal vuestra reputación en la universidad, que todos os imputarán cualquier atentado anónimo. Creedme; es preciso partir, y cuanto mas pronto mejor. En Salamanca habeis adquirido triple saber del que conviene á un noble. Dad al traste con Minerva y tenead un poco á Marte; lo que, vistas vuestras disposiciones, os asentará perfectamente. Flandes nos brinda con sus batallas; vamos, pues, á matar herejes, con lo que conseguiremos rescatar nuestros pecadillos. Amen! concluyó como un predicador.

El nombre de Flandes obró á manera de talisman en el espíritu de nuestro héroe; quien se figuraba que dejar la España equivalía á huir de sí mismo. ¿Cómo sentir remordimientos en medio de las fatigas y los peligros de la guerra!

—¡A Flandes! á Flandes! exclamó: vamos á que nos maten en Flandes!

—De Salamanca á Bruselas, repuso gravemente don García, hay mucha distancia, y os interesa partir sin demora: porque si el corregidor os atrapase, difícilmente saldríais á campaña, á no ser en las galeras de S. M.

Después de bien concertado el plan entre ambos, despojóse don Juan de sus estudiantiles arreos y se vistió la chupa de cuero bordada que usaban entonces los militares; calóse en seguida un gran sombrero rebajado y no se olvidó de guarnecer su cintura con tantos doblones como pudo echarle encima don García. Estos preparativos duraron unos minutos; é inmediatamente se puso en camino á pie, salió de Salamanca sin que le conociesen y anduvo toda aquella noche y la mañana siguiente, hasta que el calor del sol le obligó á detenerse. En la primera ciudad con que topó, compró un caballo, y reunido con una caravana de viajeros llegó á Zaragoza sin tropiezo de ninguna especie, donde permaneció algunos días bajo el nombre de don Juan Carrasco. Don García dejó á Salamanca el día después de la partida de su amigo, y tomando diferente senda se le reunió en Zaragoza. No se detuvieron en este punto sino el tiempo suficiente para ofrecer sus devociones á nuestra Señora del Pilar, y guiar el ojo á las hermosuras aragonesas, encaminándose en seguida á Barcelona, cada uno provisto de un buen criado, y embarcándose desde allí en dirección á Civita-Vecchia. La fatiga, el mareo, la novedad de los lugares y la natural ligereza de don Juan, borraron pronto de su imaginación las horribles escenas que dejaba en pos de sí. Durante algunos meses nuestros amigos desatendieron el primordial objeto de su viaje á causa de los placeres con que la Italia los brindaba; pero, como comenzasen á menguar sus fondos, se unieron á unos cuantos compatriotas, valientes á par de ellos de corazón y como ellos cobardes de bolsillo, y tomaron juntos la vuelta de Alemania.

Llegados á Bruselas, alistóse cada uno en la compañía del capitán mas de su gusto. Don Juan y don García prefirieron hacer su primera campaña al mando del capitán don Manuel Gomara, ya por su cualidad de andaluz, ya porque se contentaba con exigir de sus soldados valor y buenas armas, sin curarse demasiado de lo relativo á disciplina.

Pareció bien la apostura de los estudiantes al don Manuel, y por lo mismo les dió un trato perfectamente de acuerdo con sus gustos, esto es, los empleó en todos los peligros. Favoreciolos la fortuna, sacándolos sin una herida de una acción en que muchos de sus camaradas perecieron, con lo que se atrajeron la atención de los generales, y obtuvieron en el acto el grado de subtenientes. Fiados entonces en la amistad y estimación de sus gefes, revelaron sus verdaderos nombres y emprendieron de nuevo su ordinario método de vida, pasando los dias en jugar y beber, y las noches en dar

serenatas á las mas lindas muchachas de las ciudades donde estaban de guarnición durante el invierno. Recibieron el perdón de sus padres, que les hizo poca mella, y al propio tiempo letras de cambio contra los banqueros de Amberes, de las que usaron admirablemente. Jóvenes, ricos, valientes y emprendedores, sus conquistas eran numerosas y rápidas; las que no describiré, bastando al lector saber que cuando atisvaban una muger bonita, atropellaban por todo con tal de poseerla. En sus labios promesas y juramentos venían á ser el pan de cada día; y supuesto encontrasen hermanos ó maridos que les diesen en rostro con su indigno libertinage, tenían para responderles espadas de buen temple y corazones encallecidos.

Con la primavera tornaron los combates; y en una escaramuza fatal para los españoles, recibió el capitán Gomara una herida de muerte. Don Juan, viéndole caer acudió en su ayuda, y llamó algunos soldados que le trasportasen; pero el intrépido guerrero, reuniendo las fuerzas que le quedaban, le dijo:

—Dejadme morir en este sitio, pues mi última hora se acerca, y lo mismo hace que sea aquí ó á media legua de distancia. Cuidad á vuestros soldados; que harto van á tener en que ocuparse con ese nuevo refuerzo de holandeses.

Hijos míos, añadió, dirigiendo sus palabras á los que le rodeaban, estrecháos en torno de vuestras banderas, y no os inquieteis por mí.

Don García, que llegó á la sazón, le preguntó si necesitaba disponer algo para después de su muerte.

—¿Qué diablos quereis que disponga en momentos como este? respondió el capitán; y meditando un instante, prosiguió: nunca he pensado mucho en la muerte: tal vez porque no la creía tan cercana... Si fuese posible traerme aquí algún sacerdote!... Pero, todos están con los bagajes, y... Duro es, don García, morir sin confesión.

—He aquí mi libro de rezo, dijo el de Navarro, presentándole una botella de vino. Cobrad aliento.

Los ojos del veterano se oscurecían cada vez mas, y aunque no advirtió en la chocarrería del ex-estudiante, los demas veteranos que le cercaban, quedaron escandalizados.

—Don Juan, dijo el moribundo, acercaos, hijo mio. Os declaro mi heredero... Tomad esta bolsa, donde hallareis todos mis tesoros; que es mejor os pertenezcan á vos que á esos excomulgados... Solo os pido que mandéis decir algunas misas por el reposo de mi alma.

Prometióselo así don Juan, mientras que don García en voz baja le hacia parar la atención en la diferencia que presentan las opiniones de un hombre débil, á la hora de la muerte, comparados con las que profesa ante una mesa llena de botellas. Los silbidos de las balas, les anunciaron la aproximación de los holandeses, y los soldados se trasladaron á sus filas, despidiéndose todos del capitán Gomara y pensando meramente en ver de retirarse con orden, dificultad de monta con un enemigo numeroso, un sendero ahuecado por las lluvias, y gente cansada de caminar, sin embargo, no lograron los holandeses desordenarlos; y cesaron de perseguirlos con la noche, no cogiéndoles ni una bandera, y si algunos prisioneros, estos honrosamente heridos.

Se continuará.

#### TELEGRAFIA ELECTRICA URBANA.

Tal es el nombre de un proyecto dirigido á aplicar este sistema de comunicación á todas las relaciones periódicas é incesantes de los habitantes de una gran ciudad tal como Paris ó Londres, comprendido el término.

Un ingeniero de canales y puentes, Mr. Aristide Dumont acaba de someter á la Academia francesa las bases del proyecto mas arriba indicado, por el cual le han concedido la patente de invención.

Uno de los motivos que parecían haberle conducido mas particularmente á la concepción de su sistema fué el deseo de satisfacer aquellas necesidades á menudo imperiosas, que experimentan á cada momento una infinidad de personas repartidas en los numerosos barrios de una grande ciudad, de cambiar con prontitud con otras personas muy lejanas una idea, una palabra, á la cual se unen con frecuencia las mas grandes intereses; mientras que en el estado actual de las cosas este resultado es imposible ó no puede obtenerse mas que á precio de una pérdida considerable de tiempo, y después de un curso fatigoso, casi siempre infructuoso, ó por medio de una carta que obligada á pasar por distintas vias y diversas manos, queda mucho tiempo en el camino y muchas veces llega tarde.

He aquí una reseña del sistema del autor.

«Ciento cincuenta oficinas de correspondencia telegráfica se repartirán entre los distintos barrios de Paris y su término, proporcionalmente á la población y á la actividad de las relaciones habituales. Estas 150 oficinas estarán ligadas entre sí por un sistema subterráneo de telegrafía eléctrica, de manera que los despachos puedan ser expedidos en tres ó cuatro minutos á lo mas, y probablemente en mucho menos tiempo, entre dos estaciones cualquiera, por lejanas que sean.

«En cada oficina de correspondencia telegráfica estarán un número suficiente de comisionados para llevar los despachos al domicilio y recibir la contestación, lo que no tardará, visto el gran número de oficinas, mas que tres ó cuatro minutos; de suerte que seis



minutos á lo mas bastarán, según el autor, para transmitir una nueva ó una orden de Vaugirad á Romaniville, de Charenton á Courbeioe, en una palabra, de un punto cualquiera de París al punto mas lejano.

«Para impedir toda confusion en el servicio, cada estacion estará unida á una estacion central por un hilo subterráneo, y cada estacion particular se dividirá en cierto número de grupos, de tal manera, que las estaciones de un mismo grupo queden casi dispuestas en el sentido de los rayos divergentes de la estacion central tomada como centro.

«Se entiende que cada estacion particular deberá estar suministrada, independientemente de su hilo propio, de un aparato telegráfico-eléctrico completo, á sa-

ber: de una pila ó electro-iman capaz de producir una corriente bastante fuerte para transmitir los despachos; —un telégrafo; una campana; —un manipulador; en fin, un conmutador y todos los accesorios correspondientes.

«La estacion central no podrá componerse mas que de una sola habitacion donde vendrán á unirse bajo un orden regular de numeracion los hilos de cada estacion particular.»

Dejamos á un lado muchos de los detalles secundarios; los dados aqui nos parecen suficientes para apreciar esta aplicacion nueva de electricidad, digna seguramente de fijar la atencion.

El modo de ejecucion propuesto por Mr. Dumont, nos parece que es preciso que sea estudiado bajo el

punto de vista económico, á pesar de la buena opinion que sobre este particular tiene el autor.

Hay historiadores, que por lucir lo sentencioso, en vez de libros de historia, hacen libros de proverbios, juzgando añadir ornamentos á su obra, la desfiguran estrañamente, no de otra manera que una hermosura cargada escesivamente de díges y de joyas, deslucen lo bello por hacer vanidad de lo ostentase. P. Isla.

Refrenar la ira, es insigne paciencia; refrenar la codicia, es palma de virtud; y domar la carne, es corona de martirio.

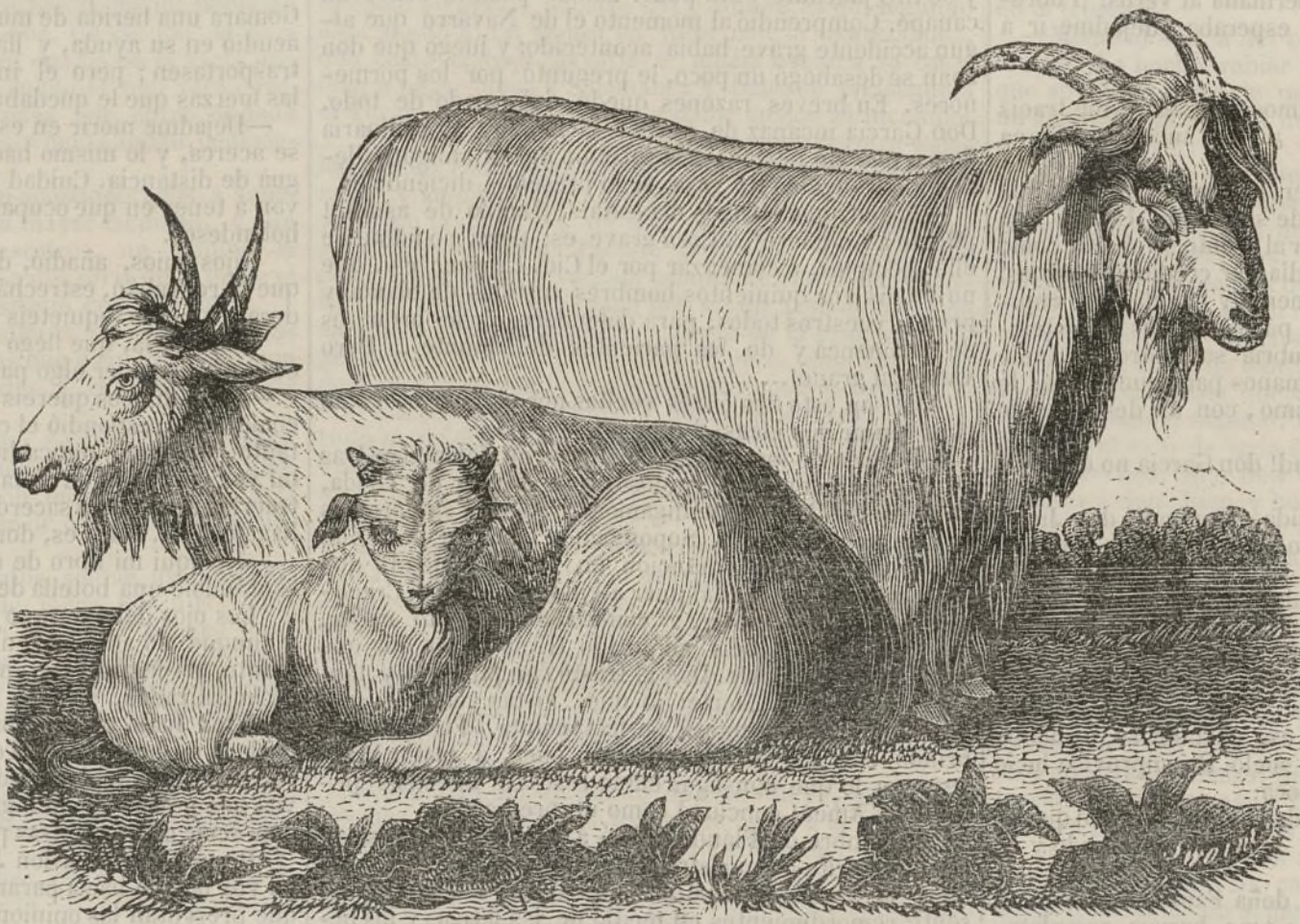
San Isidoro, arzobispo de Sevilla.

## LAS CABRAS.

Se han encontrado diferentes especies de cabras en casi todas las partes del mundo; pero si se creyese en los viajeros, habria mas que los naturalistas han reconocido. Esto consiste en que los viajeros, poco versados generalmente en el conocimiento de los caracteres anatómicos que sirven para clasificar los animales, y no refiriéndose mas que á las apariencias, han clasificado entre las cabras animales que pertenecian al género de los antílopes.

Se sabe que las cabras pertenecen á aquella division de la familia de los rumiantes que llevan los cuernos retorcidos y consistentes. Como la mayor parte de los demás rumiantes, no tienen dientes incisivos superiores, al paso que su mandíbula inferior tiene ocho.

Las orejas de estos



animales son de mediana dimension y puntiagudas.

Entre las especies de cabras que existen nos limitaremos á nombrar la *cabra de Angora*, de lana larga y fina; la *cabra de Siria*, de lana corta y de cuernos cortos; la *cabra imberbe* ó sin barba, y la *cabra del Thibet*, que es precisamente la que presentamos en la lámina que acompaña á este pequeño artículo.

La fortuna ó fuerza mas alta ciega á los que quieren derribar.

Mariana.

Mas querria un ejército de ciervos y por capitán un leon, que de leones, si tuviesen un ciervo por caudillo.

Sertorio.

Propio es de capitán prudente, antes de entrar en el peligro poner los ojos en la salida.

Sertorio.

## SUCESO HISTORICO.

El 4.º de febrero de 1394 el rey de Francia, Carlos VI, estuvo á pique de abrasarse vivo en un baile. Ya desde el año anterior el rey padecía un horrible frenesi, que le hacia perder enteramente el uso de la razon. Esta funesta enfermedad comenzaba á desvanecerse, y los accesos de furor ya no eran tan frecuentes, cuando un nuevo incidente hizo volver al rey á sus anteriores recaídas.

Los médicos habian recomendado que se le procurasen todas las diversiones capaces de distraer su imaginacion. Entonces se estaba en medio del Carnaval, y mediando la circunstancia del casamiento de una de las damas de la reina, el día de las bodas hubo un festin espléndido, terminado por un baile de corte. Con esta ocasion se le ocurrió al rey ejecutar uno de aquellos disfraces caprichosos, que solo se pueden atribuir á la grosería de aquel siglo, y entró en la sala de baile vestido de salvaje y conduciendo cinco señores disfrazados del mismo modo y encadenados unos con otros.

Antes que se presentase esta mascarada, habian tenido cuidado de separar las luces, pero el duque de Orleans, que ignoraba esta orden, deseoso de examinar de cerca la construccion de las trages, acercó una luz á uno de los salvajes. En el momento prendió la llama en los vestidos hechos de lienzo y bañados de pez, sobre la que se habian aplicado estopas; el fuego se comunicó rápidamente y la sala resonaba con los gritos de los enmascarados. Felizmente el rey se habia retirado del baile y estaba hablando con la duquesa de Berri, y se disponia á volver con su comparsa, cuando la duquesa, deteniéndole, le dijo:

—Adonde quereis ir; mirad que vuestros compañeros se queman; y con notable serenidad le ocultó con su capa.

Entretanto los cinco salvajes se quemaban vivos con sus vestidos pegados al cuerpo; los cuatro primeros, Hugo de Guissai, el conde de Joigny, Aymard de Poitiers y el bastardo de Foix murieron; Juan de Nantouillet el quinto, mas feliz que los otros, corrió á precipitarse en un tonel lleno de agua.

El duque de Orleans, en espacion de su imprudencia, fundó una capilla en los Celestinos, para que se ofreciese diariamente el santo sacrificio por los infelices quemados, y esta fundacion ha subsistido hasta nuestros días.

Nuestros lectores no habrán olvidado el célebre príncipe indio, embajador de Nepaul, que tanto ruido hizo en Londres con sus prodigalidades y de quien tanto han hablado todos los periódicos de Europa; pero lo que sin duda no saben y nosotros les vamos á referir, es una anecdota chistosa, ocurrida al tiempo de marchar de

París, donde ha permanecido algunos meses visitando dicha ciudad. Es el caso que la fama de sus riquezas despertó la ambicion de los encargados de las provisiones de su casa en la capital de Francia, llegando el escándalo hasta ponerle en la cuenta diez pesetas por un par de huevos. Advertido el príncipe por unos ingleses que le acompañaban, redujo á uno por ciento el importe de todas las cuentas, lo cual produjo un alboroto en los proveedores, que agrupados á la puerta de la fonda se oponian á dejarlo marchar: allí se produjo una escena algo semejante á la torre de Babel; unos hablaban en indio, otros en inglés y el resto en francés, pero nadie se entendia; por fin, la cosa se transigió con la intervencion de los ingleses, y entonces dejaron marchar al príncipe. Este tenia tomada una góndola de las diligencias y observaron los espectadores con no poca sorpresa, que él se colocó en la rotonda, los criados inferiores en la berlina, los de mas categoria en lo interior y el venerable brahma en la imperial. Esperamos que en vista de este hecho, nuestros vecinos tan dados á las novedades no tardarán en hacer de moda el viajar en rotonda, y que nosotros los imitaremos en esto como en todo lo malo que inventan.

Hé aqui una anecdota que acaba de pasar en París: Una joven cantatriz italiana, que hacia mucho tiempo solicitaba en vano un ajuste, se hallaba en París rehusada por Mr. Roqueplan, Mr. Lumley y Mr. Ronconi, directores de los teatros, cuando el director de uno de los principales teatros de Italia se presentó á proponerle una muy bella contrata. Ofrecióle 20,000 francos de sueldo y 60 á mas de regalo por representacion.

La joven artista creyó que se burlaba.

—Nada mas positivo, le dijo el director, y una prueba es que ahí teneis la contrata en papel timbrado, y la otra prueba es que fijó 50,000 francos que debiera pagar al otro el primero que se desdiga.

—Enorme es en efecto la cifra, dijo la cantatriz, pero á fé mia, tanto mejor; no seré yo la que quiera romper la contrata.

La cantatriz firmó.

Ocho dias despues supo que por circunstancias imprevistas se encontraba heredera de una fortuna de 2,000,000. Entonces comprendió el afán y precipitacion del director en firmar el contrato y la suma tasada para el que faltara á su obligacion. Antes de resignarse á pagar (pues ya se supondrá que ha renunciado al teatro), la artista quiere pleitear, y no tardarán mucho los periódicos de París en anunciarnos lo que los jueces habrán decidido.

La union multiplica los ejércitos, y en nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza.

Hernán Cortés.

En la guerra, mas veces sirve la paciencia que las manos, y quizá por esta razon tuvo Hércules el nombre de invencible, y se llamaron trabajos sus hazañas. Idem.

## LOGOGRIFO.



LA SOLUCION EN EL NUMERO INMEDIATO.

Solucion del inserto en el número anterior.

Pesa mas la carga del matrimonio que el santo madero de la Cruz.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8.